Iglesia Joven de la Univ. Adventista de San Pablo
COMENTARIO DE LA LECCIÓN

I Trimestre de 2008
"El discipulado"

Lección 13
(22 al 29 de Marzo de 2008)

Modelos de discipulado

Denis Konrado Fehlauer

Una de las definiciones para la *compasión* que más me gusta es: "Dolor ante el mal ajeno". Es el sentimiento que, cuando es genuino, se transforma en una actitud. Movido por la compasión, Jesús sanó, alimentó, resucitó a personas y perdonó pecados. La compasión motivaba la concreción de los milagros y determinaba su vida moral: *"Así que en todo traten ustedes a los demás tal y como quieren que ellos los traten a ustedes. De hecho, esta es la Ley y los Profetas"* (Mateo 7:12, NVI). Ser igual a Él significa que, si queremos ser perdonados, deberíamos perdonar. ¿Deseamos ser tratados con respeto? Entonces tenemos que respetar. Y así con todo lo demás. Nuestras actitudes con respecto al prójimo están relacionadas directamente con la capacidad que tengamos, o no, de ponernos en lugar de las demás personas. Si tenemos un alto nivel de empatía, seguramente evitaremos situaciones que no apreciaríamos que nos sucedan a cada uno de nosotros.

Esta perspectiva también debería nivelar el tratamiento que le dispensamos a los diversos tipos de seres humanos que están disponibles en el planeta. No deberíamos actuar de manera diferente con las personas teniendo en cuenta únicamente la apariencia personal, la supuesta "inteligencia", o el estatus social. Pareciera que es más fácil valorar a aquellos que tienen características físicas más atrayentes, una cuenta bancaria abultada o los que son culturalmente privilegiados. Es cierto que hay afinidades. Las personas se asocian naturalmente con los que poseen características, gustos, inclinaciones y objetivos semejantes. Eso parece ser lo normal. Pero segregar, despreciar o evitar a alguien sólo por causa de algún atributo físico, dificultades financieras o cualquier otra cosa que despreciemos, no debería ser parte de la manera de pensar o de actuar de un verdadero discípulo.

Por lo tanto, el discipulado debe ser un proceso de transformación. Aunque no es nada fácil, aún incluso para aquellos que piensan que no son prejuiciados, dejar los sentimientos de superioridad. Generalmente, las personas tienden a pensar que la propia cultura, manera de pensar, de vivir o incluso su religión –sólo para citar algunos ejemplos– son mejores o superiores que las de los demás. Este fenómeno se da incluso entre cristianos considerados ejemplares. Vale la pena recordar que las culturas no deberían ser valoradas por medio de alguna escala o parámetro. No hay una que sea mejor que la otra. Sólo son diferentes. Es la intolerancia y la incapacidad que algunos tienen de convivir con esas diferencias lo que hace que eso suceda. Este es un grave problema. Normalmente, el intolerante piensa que está haciendo lo correcto para la humanidad mientras combate la ignorancia, la pobreza o incluso alguna clase de ame-

naza. No es necesario aclarar que esa manera de pensar está lejos de ser el ideal respecto al discipulado de Cristo. Ni que tampoco te veas obligado a gustar de todo aquello que los demás gustan de hacer o valorar. Lo que sí debes hacer es respetar las diferencias.

Pues bien, vencidos los prejuicios y puntos de vista distorsionados, es momento de poner manos a la obra. Los discípulos son llamados a ejercer un ministerio. Es difícil –para algunos– descubrir cómo y dónde pueden ser útiles. No siempre sabemos cuál/es es/son nuestro/s don/es. Algunas iglesias han dispuesto cierta clase de pruebas semejantes a los test vocacionales para que los miembros identifiquen cuáles son sus habilidades en el campo religioso. Otros, por iniciativa personal, van descubriendo a través de la práctica que logran ciertos resultados en determinadas acciones y situaciones. Hay gente que sabe concretar un contacto misionero positivo y dejar alguna publicación con el interesado. Otros se vuelven hábiles para persuadir a amigos a asistir a la iglesia. Quizá tú puedas desarrollarte en el arte animar a alguien que está enlutado, enviar cartas, distribuir publicaciones, prestar CDs o DVDs a amigos y parientes. Pero lo que sí es seguro es que el discípulo necesita encontrar una manera de compartir la esperanza evangélica con los demás. ¡Esto no se puede negociar! Es cuestión de vida o muerte. Se trata de mantener la fe y la experiencia religiosa activas. Quien deja el testimonio de lado, tarde o temprano abandonará sus convicciones, por más profundas que éstas hayan sido. Si te estás sintiendo como en estado de vida vegetativa en la iglesia, considera la experiencia de volver a testificar.

Sin embargo, antes que el discípulo desarrolle alguna clase de servicio para el Maestro, sería bueno que examinara su Biblia y orara. La oración tal vez sea la práctica más descuidada entre nosotros los cristianos. Tal vez sea así porque algunos juzgan el estudio de la Biblia como la fuente del aprendizaje. La Biblia es cierto que alimenta la mente y hace su aporte significativo para el buen desempeño de aquellos que necesitan hablar en público en la iglesia. Pero orar –según piensan algunos– no pareciera ser algo que traiga resultados inmediatos. Está claro que hay personas que ya experimentaron una comunión genuina con el cielo a través de la oración. Si queremos ser discípulos, necesitamos poner eso en práctica. Si tú no sientes beneficios inmediatos, insiste, ruega, implora. Así como Jacob luchó con Dios para obtener la bendición del perdón y la seguridad de la presencia de Dios en su vida, quizá nosotros tengamos que hacer lo mismo. Con certeza que valdrá la pena.

Quizá éste sea el momento de comenzar a ejercer un discipulado verdadero. Y tal vez sea hora de empezar a hacerlo… orando.

Denis Konrado Fehlauer
Pastoral Universitaria Universidad Adv. de San Pablo
Traducción: *Rolando D. Chuquimia*
© RECURSOS ESCUELA SABATICA

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Inscríbase para recibir recursos gratuitos para la Escuela Sabática